

LIBROS

Fernando Namora, en el vértice de dos épocas

Los últimos acontecimientos de Portugal obligan —entre tantas apresuradas reflexiones— a una atenta consideración de las obras literarias aparecidas bajo el anterior Régimen, especialmente aquellas que tendían a reflejar las circunstancias del país. Pero antes de seguir, repitamos una vez más que Portugal cuenta en este siglo con una literatura importante, cuyo estudio puede ser altamente útil, y que no justifica en absoluto la distancia que nuestra curiosidad cultural ha mantenido con ella.

Ahora, al cambiar tan bruscamente las condiciones sociales portuguesas, es evidente que el impulso hacia el futuro dejará sin posible actualidad el tema novelístico, tan frecuente, de la apatía política y de la decepción. Prescindiendo de sus valores formales, las novelas con este «leit-motiv» serán valiosa documentación sobre una época de inmovilismo y sobre la actitud cívica de los escritores que dieron versión de ella.

Desde hacía unos quince años, la novela portuguesa solía recurrir a una temática de decepciones políticas, y recogió, bajo numerosas perspectivas, el estancamiento mental, la resignación, el aburrimiento de la vida cotidiana, encerrada, geográfica e ideológicamente, en unos asfixiantes límites. Su efecto en conciencias y costumbres quedó corporeizado en personajes sin contacto con la colectividad y sin poder canalizar su propio destino, si no era marchando del país. Las causas históricas de estas novelas habría que buscar

las en un adverso clima económico, que no mejoró con el paso de los años, a lo que más tarde vino a unirse la inutilidad de las campañas electorales, los tropiezos de la oposición y la certidumbre de que al desaparecer Salazar no se producía una liberalización de las instituciones. Fue una etapa más en esa presunta «tristeza» portuguesa, de saudade y de tendencia al suicidio entre intelectuales, que tanto había extrañado anteriormente a Unamuno. Pero con gran acierto, el escritor catalán especialista en asuntos portugueses Félix Cucurull, sugiere que el carácter «saudoso» que se atribuye al portugués está vinculado a la ruptura emocional de las constantes emigraciones y a las causas que las motivan.

Estos temas se habían acentuado en la literatura portuguesa al ir evolucionando —y perdiendo optimismo— el movimiento llamado «neorrealista», que representa para Portugal la corriente literaria más sólida en lo que va de siglo. Iniciado hacia el año 1940 (en pequeña parte, bajo influencia de la guerra civil española), el neorrealismo dio una orientación social a la literatura, y por primera vez se manifestó una identificación del escritor con el trabajador y las clases desheredadas. Apareció en Coimbra como grupo literario en una serie de ediciones de novela y poesía, representado por Fernando Namora, Mario Dionísio, João José Cochofel, Joaquim Namorado, Manuel da Fonseca, y después, en Lisboa, con el más notable novelista de esta corriente, Alves Redol, fallecido no hace mucho, y Carlos da Oliveira, José Gomes Ferreira, Pereira Gomes, Alfonso Ribeiro, etcétera. Esta tendencia de testimonio realista tuvo después de la guerra mundial una prestigiosa tribuna en la revista de Oporto «Vértice», aún hoy reconocida como su vehículo. Combatido teñidamente el neorrealismo, acusado de prosai-



Fernando Namora.

co, de retoricismo, de panfleto literario, decretada su defunción inmediata, no pereció: supo captar la parte positiva de las críticas, experimentó cambios internos y se enriqueció estilísticamente; hoy, escritores de gran renombre, como Urbano Tavares Rodrigues, Alberto Abelaira, Cardoso Pires, reconocen proceder del neorrealismo.

Fernando Namora fue uno de sus creadores y también uno de los pocos escritores portugueses que han tenido en España difusión por haberse traducido al castellano varias obras suyas; ahora, recientemente, aparece «Los clandestinos» (1). Desde su inicial consagración a la crónica de las luchas y penalidades de los trabajadores portugueses («Minas de San Francisco», «El trigo y la cizaña») hasta su última novela, está descrita la trayectoria estilística del neorrealismo, así como la aparición del tema del desaliento político.

Es posible individualizar en la novelística portuguesa algunas obras que indirectamente analizan un sector de la burguesía que por cierto tiempo se entrega a la actividad política; entrevé una opción de cambios estructurales y un cometido para sus

(1) Seix Barral. Barcelona, 1973.

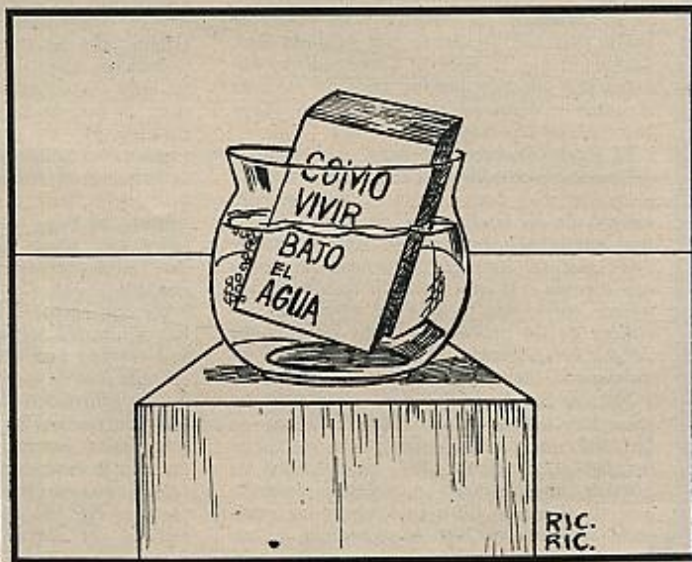
y realidad. «El clandestino» es un escultor bien situado, que vive una experiencia de clandestinidad y un encarcelamiento, así como un amor igualmente clandestino, al que le sujetan, más que una auténtica pasión, profundas necesidades psicológicas. Como símbolo de una época no resolutiva, está escindido entre esposa y amante, bipolaridad de humillación y hastío. Las coacciones externas le obligan a la clandestinidad política y sentimental, pero al no culminar ambas en la libertad, quedan en meros remedos de realización personal. La dualidad amorosa parece trascender del área puramente sexual a una relación compensatoria de otras actividades frustradas, y este matiz de la novela nos recuerda una opinión muy lúcida del crítico portugués Pinheiro Torres. Al comentar la novela de Alberto Abelaira «Enseñada amena», sugería que la infidelidad es una alienación más del hombre moderno, y que vendría a aceptar las aventuras extraconyugales como una compensación de la ausencia de «la gran aventura del civismo».

«Los clandestinos» llega al lector español coincidiendo con los hechos del 25 de abril; llega como un antecedente de útil conocimiento para comprender aspectos del divorcio entre burguesía

psicológica. La imagen de una pequeña burguesía incierta, en estrechos márgenes de decisión, es una excelente tarea literaria que Fernando Namora, en esta ocasión —como en aquella otra novela suya, «El hombre disfrazado», realiza con la técnica propia de uno de los primeros escritores portugueses de hoy. ■ JUAN E. ZURIGA.

Regionalismo y cultura

Preocupado desde sus primeros trabajos por las conexiones entre la creación literaria y la actitud pequeño-burguesa ante el cambio social, José Carlos Mainer se encontraba en deuda con un tercer tema, muy próximo a los anteriores, que hasta ahora había abordado sólo desde las páginas de publicaciones periódicas. Nos referimos al regionalismo. Un tema que al suscitarse suele ir asociado a sus dos manifestaciones más visibles, fruto de una revolución burguesa, en el País Vasco y Cataluña, con olvido casi habitual de aquellos «regionalismos» que constituyen el reverso de los anteriores, siendo expresión de la protesta o del deseo de supervivencia de áreas históricas para las que el proceso de industrialización y configuración del mercado nacional ha supuesto, sobre todo, de-



RIC. RIC.